

# UNIVERSIDAD Y CRISIS

CÉSAR VALLEJO MEJÍA  
Universidad Autónoma de Manizales

¿Cuál es el papel que debe cumplir la Universidad colombiana para superar la crisis que vive el país?. En foros y seminarios, dentro y fuera de las aulas, se les demanda a las Universidades que contribuyan con investigación sobre los problemas nacionales, con análisis y planteamientos académicos que arrojen claridad y permitan entender un panorama cada vez más oscuro, con fórmulas concretas de solución y con acciones de proyección a la comunidad.

El afán por la generación de empleo, la reactivación y la irrigación de ingresos, en el corto plazo, para salir de la recesión económica; la necesidad de encontrar salidas al conflicto armado y fórmulas de acuerdo y entendimiento que lleven a deponer las armas y a parar el desangre; la urgencia de aplicar reformas políticas, económicas, sociales e institucionales que permitan cumplir la tarea atrasada de construir nación sobre bases sólidas y permanentes; la importancia de emprender estrategias de crecimiento y desarrollo que aprovechen las oportunidades que ofrece el nuevo contexto de intercomunicación y densificación mundial en todos los órdenes y neutralicen sus riesgos; el llamado inevitable a emprender programas de competitividad; la prioridad que se debe dar a la investigación científica y tecnológica y a la innovación permanente..... Estas y muchas otras son las preocupaciones que inquietan los claustros académicos en Colombia.

Una mirada a la actividad que hoy desarrollan las mejores Universidades del país nos muestra que la academia quiere responder, lamentablemente



sin el apoyo suficiente del Estado. Por ello aparecen en forma creciente investigaciones y publicaciones, nuevos programas académicos, proyectos innovadores de proyección, incorporación de tecnologías avanzadas a los procesos de formación y extensión universitaria.

Todo ello corresponde a la gran misión de la Universidad en el campo del Conocimiento. Hay sin embargo verdades esenciales que la Universidad debe salvaguardar, como ninguna otra institución de la sociedad, y que frecuentemente se olvidan, en medio de la rutina febril, lamentablemente también en los centros universitarios. Esas verdades, más que a la esfera del conocimiento, pertenecen a lo que podríamos llamar la dimensión de la Sabiduría, en la que muy pocas verdades sirven de núcleo integrador, fuente de equilibrio, imán donde convergen y es posible entender la diversidad de la riqueza natural, la riqueza inacabada de las culturas y el inmenso potencial del ser humano. Por ello son el centro de gravedad de las civilizaciones. Es con referencia a esos pocos axiomas de la realidad, patrimonio aun inacabado que ha ido construyen-

do lentamente la humanidad a lo largo de su historia, como es posible aprovechar las virtualidades de la ciencia, de las innovaciones tecnológicas y de los modelos sociales y económicos que hoy se construyen con la ayuda de las universidades.

Una de esas verdades fundamentales, sin duda la más importante, es la de que la persona humana es el gran protagonista de la historia individual y colectiva: la persona con sus inagotables posibilidades, desde su integridad, como creadora de su destino, constructora de su ser social, de su región y su nación, realizadora de su enorme potencial individual, de su proyecto personal.

No es necesaria una mirada muy profunda a la realidad colombiana para concluir que en el país la persona humana, en su dimensión individual y colectiva, ha estado ausente como objetivo central y actor principal, a la vez, de las políticas y estrategias de desarrollo y, ahora, de las fórmulas que se adoptan para conseguir la paz, para alcanzar la competitividad, para reconstruir las instituciones, para reactivar la

economía y generar empleo. La gente, el colombiano, ahora como antes, es ignorado como protagonista principal, único actor que puede convertir en realidad las soluciones y darle sentido a los modelos e instrumentos que con tanto afán se aplican para dar solución a los problemas nacionales.

Nuestra sociedad no es, por supuesto, la excepción. Con las características que le son propias y su nivel atrasado de desarrollo, Colombia vive un fenómeno mundial, el síntoma de una crisis en la civilización occidental que amenaza con destruir la deslumbrante producción tecnológica del siglo XX y sus efectos positivos sobre el bienestar de los seres humanos.

A comienzos del siglo XXI la humanidad vive las consecuencias, una vez más, de haber olvidado que la persona humana es el centro. La civilización global, el mundo global como nos gusta llamar la era que comienza, ha asesinado al ser humano y, con ello, ha perdido su única fuente de equilibrio. Al prescindir del hilo conductor, del elemento integrador que entiende al ser humano como

réplica del cosmos, creador y constructor, se ha sumido en una dispersión compartimentalizada y en un instrumentalismo incapaz de articular los intereses individuales con los colectivos.

Insolado por el brillo superficial de sus propios inventos, alienado por su propia euforia, el hombre moderno se ha suicidado en el altar de la tecnología, de los modelos y de los instrumentos, de las instituciones y de las leyes, y ha vuelto a perder el equilibrio propio de las civilizaciones avanzadas. Incapaz de darle sentido y proporción a los resultados de su propia actividad individual y colectiva, de la ciencia y el conocimiento, ha terminado por someterse y subyugarse ciegamente a ellos, dejándolos a la deriva y convirtiendo los medios en fines.

La soledad interior, la confusión de valores, la búsqueda de vivencias sensoriales cada vez más fuertes, la pérdida de un norte con sentido, la enajenación y desconfianza con respecto a los demás, a los del otro clan, la otra región y la otra nación, las fugas individuales y de grupo de distinto orden, la intolerancia y la





insensibilidad ante el mal ajeno, las desigualdades sociales, la violencia y la inseguridad colectivas son solo manifestaciones fehacientes de la crisis.

El hombre que pasó del teocentrismo de la edad media al antropocentrismo del renacimiento y del iluminismo, que había logrado producir maravillosas expresiones culturales, de progreso y bienestar a partir de nuevas concepciones cosmológicas y antropológicas; el mismo que había creído necesario asesinar a Dios para afirmarse a sí mismo, ha terminado por suicidarse, preso e instrumentalizado por su propio invento.

La historia muestra que las crisis de las civilizaciones comienzan cuando la humanidad olvida las verdades fundamentales que conforman su patrimonio de sabiduría, aquellas que integran y le dan sentido a las distintas expresiones del comportamiento de los pueblos, garantizan su equilibrio

y coherencia; cuando esas verdades dejan de inspirar las relaciones entre las personas, políticas y sociales, económicas y culturales.

La Misión de las Universidades debe situarse también en esa dimensión de la Sabiduría. Ellas deben asumir el encargo de salvaguardar el patrimonio que garantiza el horizonte, la coherencia, el progreso estable, la justicia y el equilibrio en la sociedad. En Colombia esa es la mejor y más sólida contribución, no la única, que deben hacer para construir una nación próspera, justa y democrática. Nuestras universidades deben señalar el camino para que el país recupere su centro de gravedad en el colombiano, para que destine todos los recursos a su alcance en beneficio del crecimiento personal, individual y colectivo, de los ciudadanos, pero sin regresar al estatismo que, sin excepción, termina aplastando de nuevo al ser humano.